

y los armaron contra la religion con un odio fanático, tanto mas temible quanto que es mas ciego.

Amau fijaba su edicto de proscripcion en los muros de Suse, y lo enviaba á todas las provincias. A su ejemplo, ellos fijan sus proyectos sanguinarios en las paredes de nuestras ciudades, y por sus periódicos los envían á los cuatro puntos del mundo. Pero como Ester vela por el antiguo pueblo de Dios, vela por el nuevo María. Confiemos pues á esta madre omnipotente y buena nuestros intereses, los de la sociedad y los de la Iglesia. Seamos verdaderamente sus hijos, y durmamos tranquilo á la sombra de sus alas.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, orad por la Cochinchina!

Práctica.—Recitar el *Sub tuum*.

DIA XXI.

MARDOCHEO.

I.

Mardocheo fué uno de los primeros que supieron la fatal noticia. Estaba en la plaza pública donde se habia fijado el edicto. Al ver aquella sentencia de muerte contra su nacion y contra él, se desgarró los vestidos, se puso un saco, se cubrió de ceniza la cabeza y comenzó á dar gritos lamentables. Tales eran las señales de duelo entre los judíos y los persas. Sollozando siempre, llegó á la puerta del palacio del rey. Allí debió detenerse, porque no era permitido pasar la puerta real vestido de luto.

II.

A medida que el edicto llegaba á las provincias, la consternacion se iba haciendo general entre los judíos. Todos, hombres, mujeres, niños, ancianos, manifestaban justamente una aflixion estremada, porque todos estaban condenados á muerte. No se oian mas que gritos, no se veian mas que lágrimas. A aquellas muestras de dolor las acompañaban los ayunos. Muchos, cubiertos con el saco, dormian en la ceniza en vez de hacerlo en sus lechos.

La noticia de lo que ocurría franqueó los muros del palacio. Las damas de Ester y su servidumbre se lo viñeron á anunciar: la reina se consternó. Inmediatamente envió un vestido para Mardocheo en vez del saco que lo cubria; pero este rehusó recibirlo. La reina quiso á cualquier precio facilitar á su tío la entrada en el palacio y saber por él directamente de lo que se trataba, y cuáles serian los medios para prevenir la catástrofe.

III.

La negativa de Mardocheo la puso inquieta. Llamó á Atach, el chambelan que el rey habia puesto especialmente á su servicio, y le ordenó que viera á Mardocheo y supiera por él por qué obraba de ese modo. Atach salió y encontró á Mardocheo en la plaza, delante de la puerta del palacio. "Todos estamos condenados á perecer, le dijo Mardocheo. Para conseguir la matanza de los judíos ha prometido Aman llenar de plata los tesoros del rey. He aquí una copia del edicto que se ha fijado en Suse y todas las provincias. Llévdsela á la reina y decidla de parte mia que vaya á ver al rey y que interceda por su pueblo."

IV.

Atach volvió á palacio y repitió fielmente á Ester las palabras y las órdenes de Mardocheo. Por respuesta, Ester envió á

Atach con órden de decir á Mardocheo: "Todos los servidores del rey y todas las provincias del reino saben que cualquiera que sea, hombre ó mujer, que entre sin ser llamado al departamento interior del rey, está sentenciado á muerte desde luego, á menos que el rey no estienda hacia él su cetro de oro, en señal de clemencia, sin que esto le salve la vida. Cómo, pues; podré entrar en la casa del rey, puesto que hace ya treinta dias que no me llama?"

V.

Estos pormenores nos dan una idea de lo que era la morada de los reyes de Persia y de una costumbre conservada aún en las cortes de Oriente. El monarca, encerrado en el interior de su inmenso palacio, se mantenía en su trono de oro resplandeciente de piedras preciosas, como un dios en la tierra. La pieza que precedía á la cámara del rey era la sala de los guardias,

y la ley que sentenciaba á muerte al que hubiera pretendido ver la cara del monarca sin que este le llamara, tenía por objeto imprimir á todos un religioso respeto hacia su magestad. Los príncipes paganos reinaban por el terror. Por eso es que se hacían y aun se hacen invisibles. Bien distinta era la conducta de los príncipes cristianos.

VI.

Habiendo oído Mardocheo la respuesta de Ester por boca de Atach, le hizo decir por el mismo conducto: "No penseis, porque os hallais en la casa del rey, que podreis salvar la vida si perecen todos los judíos. Si permanecéis en la inacción, los judíos se salvarán sin vos; pero perecereis vos y la casa de vuestro padre, porque habreis faltado á vuestro deber. Quién sabe si no es por esto por lo que habeis sido elevada á la dignidad real, á fin de estar

en disposicion de obrar en una ocasion como la presente?

VII.

Siempre obediente, Ester mandó decir de nuevo á Mardoqueo: "Id, reunid á todos los judíos residentes en Suse, y orad todos por mí. No comais ni bebáis de dia ni de noche, durante tres dias, que yo ayunaré de la misma manera con mis doncellas. Despues de esto entraré en la casa del rey, apesar de la ley que lo prohíbe, sin ser llamada, y si es preciso que perezca, pereceré." Mardoqueo se apresuró á ejecutar lo que ordenaba Ester.

Reflexion.—Al saber la sentencia de su pueblo, Mardoqueo desgarró sus vestiduras, se cubrió de cenizas y lanzó gritos de dolor: no está representada en él la Iglesia actual? Al pensar en los males que amenazan al mundo, no está de duelo esta madre de las naciones? no deja oír sus gemidos y sus gritos de alarma? En sus

progresos, confesados sin empacho, no han decidido los impíos la ruina de toda religion, de todo órden social, la matanza y el pillaje universal? Quién nos salvará?

Mardoqueo no tiene mas que un recurso: Ester. Le hace saber el peligro de su pueblo, y no le disimula que para salvarlo la ha elevado Dios á la dignidad de reina. Cuál es hoy nuestro recurso, si no la divina Ester? Católicos del siglo XIX, condenados á muerte por los enemigos de Dios y de los hombres, expongamos nuestros peligros á María y digámosla sin vacilar: No es para vos sola, es para nosotros por lo que os habeis elevado á la dignidad de reina del cielo y de la tierra.

Ester pidió á Mardoqueo orara ó hiciera orar y ayunar. La santa vírgen nos pide lo mismo: orad y haced penitencia; de lo contrario perecereis. La tierna Ester dijo á Mardoqueo: no os dejaré solo; yo tambien oraré, ayunaré y haré ayunar con

vosotros. Seguros estamos, María, de que nunca se os invoca en vano y que juntando nuestras oraciones á las vuestras, estas serán omnipotentes. Sin temor irá ella á turbar al diyino Asuero, y seremos salvados.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; no esteis ya irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, orad por el Toukin.

Práctica.—Resitar el *Miserere*.

DIA XXII.

ORACION DE MARDOCHEO Y DE ESTER.

I.

A la recomendacion de Mardocheo, se entregaron todos los judíos, durante tres dias, al ayuno y á la oracion. Comprehendieron que en la situacion en que se hallaban solo el Dios de sus padres podia salvarles. Así deben razonar las naciones culpables, si quieren conjurar las plagas que las amenazan. Ester y Mardocheo no se contentaron con invitar á los judíos á la oracion y la penitencia; sino que les dieron el ejemplo. Hé aquí la oracion que estas dos grandes y santas almas dirigie-

ron al Dios de Israel. Léamosla con respeto y repitámosla en particular. Nada hay mas bien acomodado á las necesidades del siglo XIX.

II.

Mardocheo oraba siempre al Señor recordándole todas sus obras, y en esta vez lo hizo en estos términos: "Señor, Señor, Rey omnipotente, todo está sometido á vuestro poder y nadie puede resistir á vuestra voluntad, si habeis determinado salvar á Israel. Vos habeis hecho el cielo y la tierra, y todo lo que está bajo del cielo. Sois el Señor de todas las cosas, y nadie puede resistir á vuestra Magestad. Todo os es conocido; y bien sabeis que si no adoré al soberbio Aman, no fué ni por orgullo, ni por desprecio, ni por un secreto deseo de gloria; porque hasta habria besado las huellas de sus pisadas por la salud de Israel. Pero he temido rendir á un hombre el honor que solo es debido á

mi Dios, y adorar á otro que no fuera el Dios de mis padres.

III.

"Ahora pues, oh Señor Rey, oh Dios de Abraham, tened piedad de vuestro pueblo, porque nuestros enemigos quieren perdernos y acabar con nuestra herencia. No despreciéis á este pueblo que se os ha entregado y que vos rescatásteis del Egipto para que fuera vuestro. Escuchad mi oracion, sed favorable á un pueblo que es vuestro especialmente. Trocad, Señor nuestras lágrimas en alegría, para que preservados de la muerte, celebremos vuestro Nombre, y no cerreis la boca á los que os alaban."

IV.

Todo Israel se unió á Mardocheo y clamó al Señor, y con una misma boca como con un mismo corazon, le dirigió sus oraciones, porque una muerte segura amenazaba á todos. En el interior del palacio,

Ester hacia eco á las súplicas que se elevaban al cielo de todas las partes de la ciudad. La piadosa princesa se refugió en el Señor su Dios, espantada del peligro que estaba tan próximo. Habiendo dejado su traje de reina, se puso otro conforme á su afliccion y á sus lágrimas. En lugar de perfumes, se llenó la cabeza de ceniza, ayunó rigurosamente y cortó las trenzas de sus cabellos, que se encontraron esparcidos en los lugares que en otro tiempo presenciaron sus alegrías.

V.

Prosternada delante del Dios de Israel, le pedía en estos términos: "Señor, vos que sois nuestro único Rey, asistidme en el abandono en que me encuentro, puesto que vos sois el único que puede socorrerme. Por mi padre supe que vos, Señor, escogisteis á Israel de entre todas las naciones para hacer vuestro pueblo y que habeis cumplido vuestra palabra. Hemos pe-

cado delante de vos; y por eso es que nos entregais en manos de nuestros enemigos. Hemos adorado sus dioses, y vos sois justo, Señor.

"Pero ya no les basta oprimirnos de la manera mas dura. Atribuyen la fuerza de sus brazos al poder de sus ídolos, quieren hacer desmentir vuestras promesas, exterminar vuestra herencia, cerrar la boca á los que os alaban y extinguir la gloria de vuestro templo y de vuestro altar, para hacer alabar por las naciones la fuerza de sus ídolos, poniendo en vuestro lugar un rey de carne.

VI.

"No abandoneis, Señor, á vuestro pueblo á los que nada son, por temor de que realicen nuestra ruina; antes bien haced caer sobre ellos sus propios designios, y perded al que ha comenzado á ejercer su crueldad contra nosotros. Acordaos de nosotros, Señor; mirad nuestra afliccion, y

dadme alguna seguridad, Señor, Rey de todos los reyes. Poned en mi boca palabras convenientes delante del leon. Inclina su corazon de manera que aborrezca á nuestro enemigo para que perezcan él y todos los que con él conspiran. Libradnos, Señor, y asistidme, vos que sois mi único socorro.

VII.

“Vos lo conoceis todo y no ignorais que aborrezco la gloria de los injustos. No os son desconocidas mis desgracias. Bien sabeis que cuando se me ha condenado á presentarme en la magnificencia y el esplendor, me ha horrorizado la señal soberbia de mi gloria, que brilla en mi cabeza y que la miró como un lienzo mojado, sin que nunca me adorne con ella en mis horas de soledad.

“Bien sabeis que nunca he comido en la mesa de Aman, ni tomado participio en los festines del rey, ni mucho ménos he bebi-

do del vino ofrecido á los ídolos. Sabeis tambien que desde que fuí traída á este palacio hasta hoy, nunca se ha regocijado mas que en vos vuestra sierva, Señor Dios de Abraham. Oh Dios poderoso, dominador de todos y de todo, escuchad la voz de los que cifran su esperanza en vuestra justicia; salvadnos de la mano de los cobardes, y dejadme entregada á mi propio temor.”

Reflexion.—Que el ejemplo de Ester y Mardocheo no se pierda entre nosotros, ni nos contentemos con leerlo; imitémosle. Consiste en ello nuestro porvenir temporal, como el porvenir del mundo. Son tales las circunstancias, que sólo Dios, obrando en toda la extension de su poder y de su misericordia, puede restablecer el orden en la tierra, é impedir una nueva caída de la humanidad. Quién hará violencia á su corazon? quién le hará retirar el decreto de condenacion ya pronunciado tal vez contra

el mundo culpable, contra el perverso siglo XIX, si rebelde á los avisos de la Providencia se obstina en el mal? Las oraciones de las almas buenas, unidas á la interseccion de la Ester divina.

“La súplica del justo, dice el Señor, penetrará las nubes, se presentará ante el trono de Dios, y no se apartará de allí hasta que el Altísimo la haya acogido favorablemente.» Estemos convencidos de ello, y así, y solamente así, alcanzaremos misericordia.

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo: no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por las Indias!

Práctica.—Recitar la *Letanía de los Santos*.

DIA XXIII.

ESTER ENTRA EN LA HABITACION DEL REY.

I.

Por medio de la oracion y del ayuno, hechos con el fervor que les inspiraba la presencia de la muerte, se aseguraron los judíos la proteccion del Dios de sus padres. Ya no vaciló Ester. Al dia tercero, se revistió con sus reales insignias, y se rodeó de toda la pompa que convenia á su dignidad. Ya así, invocó al Dios que dirige y que salva, y se hizo seguir de dos sirvientas. Se apoyó en una graciosamente, y la otra la seguia levantando la cola de su falda.

II.

Ester andaba lentamente como una persona débil y delicada. Lo estaba en efecto, tanto por su constitucion natural, como por el ayuno y el temor. Sin embargo, las roscas de sus mejillas no habian perdido su frescura y conservaban sus ojos su vivo brillo y su dulzura incomparable. Bajo aquella apariencia de felicidad, se ocultaba una tristeza profunda y un extremado temor.

III.

Atravesando los innumerables departamentos del palacio, se detuvo Ester en el dintel de la cámara real, cuya rica puerta, cubierta con transparentes y ricas cortinas, permitia al monarca ver la sala de espera. Asuero estaba majestuosamente sentado en su trono, revestido con sus ornamentos reales, todo resplandeciente de oro y podería, teniendo en la mano su cetro de oro tambien. A los pasos de los que llegaban

levantó la cabeza, y sus miradas, brillantes como el relámpago, dejaron adivinar la cólera de su alma. Se desmayó la reina, la palidez de la muerte se pintó en su rostro, y sin fuerzas su cabeza, cayó sobre el hombro de su criada.

IV.

Dios cambió repentinamente el corazon del rey y le llenó de dulzura. Temiendo por Ester, dejó su trono, tomó á la reina en sus brazos, y sosteniéndola hasta que volvió en sí, la dijo estas palabras cariñosas: "Qué teneis, Ester? Yo soy vuestro hermano, no temais nada. No morireis; no es para vos para quien se ha hecho la ley, sino para los demas. Venid y tocad mi cetro." Asuero queria decirlo con esto que todo su poder estaba en sus manos.

V.

Ester permaneció silenciosa y tímidamente inmóvil. Entonces Asuero colocó el estremo de su cetro en el cuello de la jóven ju-

día, y la abrazó diciéndola: "Porqué no me hablais? Ester contestó: "Os he visto, señor, como al ángel de Dios, y el brillo de vuestra gloria me ha ofuscado el corazon." A estas palabras se desmayó de nuevo.

El rey sentia una turbacion inexplicable, y sus oficiales rodearon á la reina para reanimarla y consolarla. Cuando hubo vuelto en sí, la dijo Asuero: "Qué quereis, reina Ester? Qué pedís? Aun cuando me pidiérais la mitad de mi reino, os la daría."

Ester contestó: "Hoy es para mí un dia de fiesta, y si place al rey, le suplico venga con Aman al festin que he preparado á mi señor." El rey dijo: "Que se apresuren en avisar á Aman, para que obedezca la voluntad de la reina. Llena de emocion y de alegría, Ester fué llevada á sus habitaciones. Allí pudo expresar libremente por fervientes oraciones, todo el reconocimiento que sentia hácia el Dios de sus padres,

A la hora indicada, el rey y Aman se presentaron en el festin que les habia preparado la reina.

VI.

Ya se acercaba el fin de la comida, y Asuero habia apurado bastante vino, cuando dijo á Ester: "Qué deseais que os dé, y qué me pedís? Os repito que aun cuando me pidiéreis la mitad de mi reino, os la daría." Ester contestó modestamente: "He aquí mi peticion y mi súplica: Si encuentra gracia delante del rey, y le place acordarme lo que le pido, le suplico venga acompañado de Aman á un nuevo festin, y mañana diré al rey lo que deseo."

VII.

La divina prudencia que guiaba á Ester, aparecia descubierta. Antes de presentar á Asuero su peticion en favor de los judíos, lo convidó á un segundo festin. Era un medio de ganar mas y mas la gracia del rey, de modo que este no pudiera negarle

nada. No era supérflua la precaucion. Nada era mas difícil que conseguir la derogacion de un edicto real sancionado y promulgado conforme á las leyes de Persia. Ella no queria hacer su peticion delante de los grandes de la corte, que podian combatirla. Así, pues, preparó una reunion íntima, en donde sola con el rey pudiera libremente abrirle su corazon y hacerse conocer por hija de Israel. Aman debia asistir á la comunicacion, por razones que serán conocidas bien pronto.

Reflexion.— Como todos los siglos, admiro yo el valor de Ester, que se espuso á la muerte por salvar á su pueblo. Pero es mas grande mi admiracion hácia la santa Virgen, que da la vida de su Hijo para conseguir la salud del mundo. La pena de muerte que prohibia acercarse á Asuero, no se habia decretado para Ester. María siempre ha tenido accion cerca de Dios, Ester fué á encontrar á Asuero, acompaña-

da de dos criadas: es María que se presenta delante del Altísimo, acompañada de la naturaleza humana y de la angélica, santificadas las dos y glorificadas por el Hijo que aquella dió al mundo.

Los dolores y las gracias de Ester le rinden el corazon de Asuero. Por iguales medios, María se ha hecho omnipotente en el corazon de Dios. Al ver Asuero á Ester desmayada, se apresura á tranquilizarla y le promete todo lo que queria, aun cuando fuese la mitad de su reino. Como las llagas de su Hijo, los dolores de María están siempre presentes á los ojos de Dios. Lleno de ternura hácia ella, el divino Asuero se muestra mas generoso que el otro; le dá su reino entero, es decir, la plenitud de su poder, haciéndola reina de los ángeles y de los hombres.

Ester conduce tan bien las cosas, que alcanza todo lo que quiere. María tiene tales secretos para llegar al corazon de Dios,

que lo encadena á su voluntad. Por eso su divino Hijo se anticipa á sus súplicas, y la dice como Salomon á Betsabé: "Pedid, madre mia; que no puedo negaros nada."

Invocaciones.—Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo; ya no esteis irritado contra nosotros.

Oh María, socorro de los cristianos, rogad por la Malasia!

Práctica.—Recitar el *Ave Maria Stella*.

DIA XXIV.

COLERA DE AMAN.

I.

Una vez terminado el festin, se retiró Aman ébrio de alegría; pero al salir del palacio se encontró con Mardoqueo que estaba sentado en la puerta. Este no solo no se levantó delante del orgulloso ministro, pero ni se movió del lugar que ocupaba. Aman concibió una gran indignacion. Y nosotros debemas admirar la conducta de Mardoqueo.

Este digno hijo de Abraham está condenado á muerte, y todo su pueblo con él: él lo sabe; pasa delante de él el autor del decreto de exterminio. Este decreto lo moti-